

Perú-Chile: una relación que exige cautela y moderación

Opportunamente y con buen tino, el presidente Alan García y el canciller José Antonio García Belaunde han reiterado la pauta de lo que debe seguir siendo la política exterior peruana en las relaciones con nuestro vecino del sur, basada principalmente en moderación, cautela y realismo.

Es lo que corresponde ante las impertinentes expresiones del canciller chileno, Alejandro Foxley, quien con insolencia llegó a decir que algunos políticos peruanos viven anclados en el siglo antepasado. Aparentemente, lo que este descomedido diplomático buscaba era provocar y aumentar la tensión bilateral, como quisiera un sector radical del gobierno sureño, lo cual sería usado posteriormente como un pretexto para abandonar la negociación limítrofe ante la Corte de La Haya, donde antes del 20 de este mes el Perú presentará la memoria del diferendo con los argumentos jurídicos convincentes.

Pese a estas estratagemas, no podemos caer en la trampa de los extremismos que pretenden mantener el estatus de indefinición, enfrentamiento y desconfianza en el sur. Como hemos señalado reiteradamente, la relación Perú-Chile es históricamente com-

pleja, pero llamada a la cooperación y la integración en todo sentido, como lo evidencian las cifras actuales de intercambio comercial que superan los 3 mil millones de dólares.

Sin embargo, es también innegable que persisten asuntos problemáticos que debieran resolverse por cuerda separada, como, por ejemplo, el diferendo por los límites marítimos. La demanda ante La Haya fue la opción que propuso y desarrolla

No caigamos en el juego de los radicales que viven del enfrentamiento... Mientras se pronuncia La Haya debemos aplicar la política de cuerdas separadas

exitosamente nuestra cancillería, para lo cual nombró como agente especial a una personalidad tan destacada como el ex canciller Allan Wagner.

En tal contexto único, civilizado y pacífico, lo más razonable para ambos países es esperar el pronunciamiento de dicho tribunal y, cuando se dé, acatarlo sin cuestionamientos. Pero, mientras tanto, no podemos vivir pendientes de ello, sino que

debemos seguir potenciando los aspectos positivos de la relación bilateral con inteligencia, optimismo y equidad. El Acuerdo de Complementación Económica con Chile, que viene del gobierno anterior, es una manera de avanzar, aunque siempre habrá lugar para correcciones y mejoras.

En cambio, lo que no se puede hacer, ni allá ni acá, es manipular el tema bilateral con fines politiqueros, y menos aun pretender exacerbar sentimientos primarios para dicho avieso fin. Hay, sobre todo en Chile, sectores irresponsables y extremistas que se nutren del enfrentamiento y la polarización, con lo que finalmente terminan haciéndole el juego al armamentismo y ahondando la pobreza y el atraso de millones de compatriotas.

No podemos caer en ese juego tan irracional. El interés nacional y la razón deben prevalecer, para lo cual tenemos que insistir en la política de compartimentación; es decir el diálogo y la negociación franca para asuntos comerciales, sociales y de integración económica y comercial, mientras por otro lado reservamos para el sistema del dos más dos y a Corte de La Haya asuntos intrínsecamente complejos como la relación militar y la solución del diferendo marítimo. ■

PIEDRA DE TOQUE

El Perú no necesita museos

Mario Vargas Llosa

Escritor



© Mario Vargas Llosa, 2009.
© Diario “El País”, SL/ Mario Vargas Llosa. Prisa.com.
Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

El autor de esta teoría—que el Perú no necesita museos mientras sea pobre y con carencias sociales— es el señor Ántero Flores-Arú, ministro de Defensa del Gobierno Peruano. No se trata de un gorila lleno de entorchados y sesos de aserrín sino de un abogado que, como profesional y político, ha hecho una distinguida carrera en el Partido Popular Cristiano del que se separó hace algún tiempo para representar al Perú como embajador ante la OEA (Organización de Estados Americanos). ¿Qué puede inducir a un hombre que no es tonto a decir tonterías? Dos cosas, profundamente arraigadas en la clase política peruana y latinoamericana: la intolerancia y la incultura.

Para situar el úcuse del ministro en su debido contexto hay que recordar que, entre 1980 y 2000, el Perú padeció una guerra revolucionaria desatada por Sendero Luminoso cuyo salvajismo terrorista provocó una respuesta militar de una desmesura también vertiginosa. Cerca de 70 mil peruanos, la inmensa mayoría de los cuales eran humildes campesinos de los Andes y habitantes de los pueblos más pobres y marginales del país, murieron en ese cataclismo.

Al terminar la dictadura de Alberto Fujimori (a punto de ser condenado en estos días por los crímenes contra los derechos humanos perpetrados durante su régimen), el gobierno democrático nombró una Comisión de la Verdad y la Reconciliación para investigar la magnitud de esta tragedia social. Presidida por un respetado intelectual y filósofo, el doctor Salomón Lerner, ex rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, la comisión elaboró un documentado estudio de esos años sangrientos y un cuidadoso análisis de las causas, consecuencias y el saldo en vidas humanas, destrucción de bienes públicos y privados, torturas, secuestros, desaparición de personas y de aldeas de la violencia de esos años. Un vasto sector de opinión pública reconoció el valioso trabajo de la comisión, pero, como era de esperar, sus conclusiones fueron criticadas y rechazadas por círculos militares y por las pandillas sobrevivientes del fujimorismo que, de este modo, se curaban en salud de su complicidad con un régimen autoritario que, además de cleptómano y corrom-

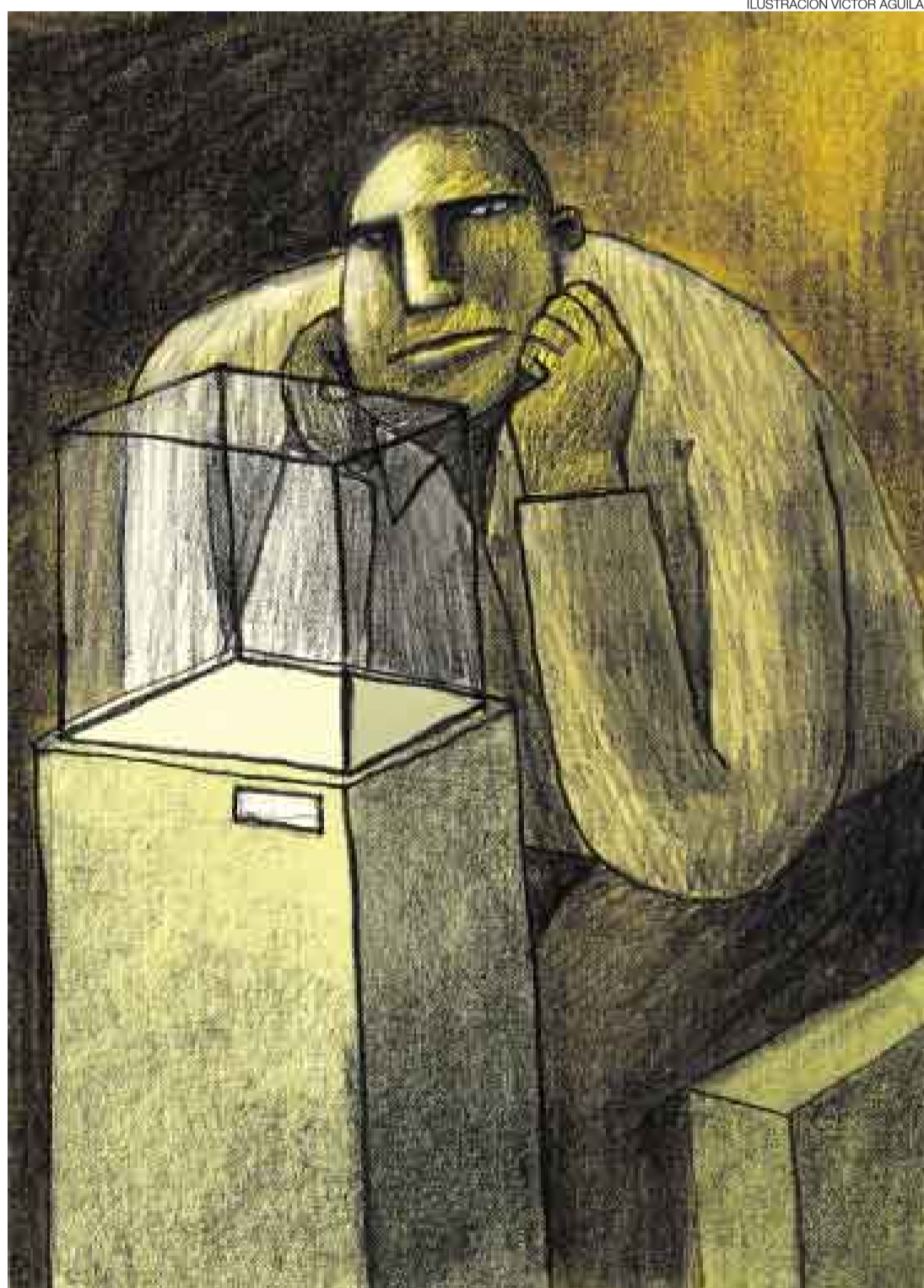


ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

“Si semejante pragmatismo hubiera prevalecido en el pasado, no existirían el Prado, el Louvre y Machu Picchu hubiera debido ser rematado para comprar lápices, abecedarios y zapatos”

“Los museos son tan necesarios como las escuelas y los hospitales. Ellos educan tanto y a veces más que las aulas y sobre todo de una manera más sutil y permanente que como lo hacen los maestros”

pido hasta los tuétanos, detenta un pavoroso prontuario de asesinatos, torturas y desapariciones perpetrados con el pretexto de la lucha antisubversiva.

La comisión organizó, con los materiales de su investigación, una de las más conmovedoras exposiciones que se hayan visto jamás en el Perú y que todavía se puede visitar, aunque en formato algo reducido, en el Museo de la Nación, en Lima. Llamada “Yuyanapaq” (Para recordar), muestra, en fotos, películas, cuadros sinópticos y testimonios diversos la ferocidad demencial

con que los terroristas de Sendero Luminoso y del MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru), y, también, comandos de las Fuerzas Especiales y grupos de aniquilamiento—como el tristemente célebre grupo Colina—sembraron el horror segando decenas de millares de vidas humanas inocentes y la impotencia y desesperación de los sectores más humildes y desamparados del país ante ese vendaval que se abatió sobre ellos desencadenado por el fanatismo ideológico y el desprecio generalizado de la moral y de la ley.

Cuando la primera ministra alemana, Angela Merkel, vino en visita oficial al Perú ofreció que su gobierno ayudaría a financiar un museo de la memoria, que, siguiendo las pautas sentadas por “Yuyanapaq”, sería, a la vez, un documento genuino, didáctico y aleccionador sobre los estragos materiales y morales que padeció el Perú en los años del terror y un llamado a la reconciliación, a la paz y a la convivencia democrática. Por razones obvias, Alemania es sensible a estos temas y no es extraño que un país que ha hecho un admirable esfuerzo pa-

ra enfrentarse a un pasado atroz con sentido autocrítico y ha conseguido superarlo y es por eso, ahora, una sociedad sólidamente democrática, haya querido apoyar la iniciativa de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación.

Fiel a la palabra de la canciller, el Gobierno Alemán propuso donar dos millones de dólares al Perú para la construcción del museo de la memoria, el que cuenta ya, incluso, con un posible terreno, en el Campo de Marte, en torno a una hermosa escultura de Lika Mutal inspirada en ese mismo drama: “El Ojo que Lloró”. El Gobierno Peruano, en una actitud lamentable, ha hecho saber que no acepta el donativo alemán. Y el ministro de Defensa ha sido el encargado de justificar semejante desaire con la teoría resumida en el título de este artículo.

El ministro ha explicado que en un país donde faltan tantas escuelas y hospitales y donde tantos peruanos pasan hambre, un museo no puede ser una prioridad. Según esta filosofía, los países solo deberían invertir recursos en defensa de su patrimonio arqueológico, monumental y artístico una vez que hubieran asegurado la prosperidad y el bienestar para toda su población. Semejante pragmatismo hubiera prevalecido en el pasado, no existiría el Prado, el Louvre, la National Gallery ni el Hermitage y Machu Picchu hubiera debido ser rematado en subasta pública para comprar lápices, abecedarios y zapatos. Y el ministro ha refrendado las críticas que ya se habían hecho en el pasado a la Comisión de la Verdad y la Reconciliación y a “Yuyanapaq”: falta de imparcialidad, mantener una abusiva equidistancia entre los terroristas y las fuerzas del orden.

Esas críticas son de una injusticia flagrante. Nadie criticó al terrorismo de Sendero Luminoso y del MRTA más que yo. Fui candidato aquellos años y dediqué buena parte de mi campaña a denunciar sus crímenes y su locura fanática y a defender la necesidad de combatirlos con la máxima energía, pero dentro de la ley, porque si un gobierno democrático empieza a utilizar los métodos de los terroristas para derrotar al terrorismo, como hizo Fujimori, aquellos de algún modo ganan la guerra aunque parezca que la pierdan. Por eso, hubo dos atentados fallidos contra mi vida, uno en Pucallpa y otro en Lima. Por otra parte, creo haber criticado con la misma constancia las contemporizaciones, cobardías y medias tintas de los intelectuales de izquierda frente al terrorismo. Por todo ello creo poder decir, con total objetividad, sin ser acusado de simpatías extremistas, después de haber pasado muchas horas leyendo los tra-

bajos de la comisión, que hay en ellos un esfuerzo sostenido para desenterrar la verdad histórica entre el dédalo de documentos, testimonios, informes, declaraciones y manipulaciones contradictorias que debió cotejar. Sin duda que en esos nueve abultados volúmenes se han deslizados errores. Pero ni en sus considerandos ni en sus conclusiones hay la menor intención de parcialidad, sino, por el contrario, un afán honesto y casi obsesivo por mostrar con la mayor exactitud lo ocurrido, señalando de manera inequívoca que la primera y mayor responsabilidad de esa monstruosa carnicería la tuvieron los fanáticos senderistas y emerretistas convencidos de que asesinando a mansalva a todos sus opositores traerían al Perú el paraíso socialista.

Los peruanos necesitamos un museo de la memoria para combatir esas actitudes intolerantes, ciegas y obtusas que desatan la violencia política. Para que lo ocurrido en los años ochenta y noventa no se vuelva a repetir. Para aprender de una manera vivida a dónde conducen la sinrazón delirante de los ideólogos marxistas y maoístas y, asimismo, los métodos fascistas con que Montesinos y Fujimori los combatieron convencidos de que todo vale para lograr el objetivo aunque ello signifique sacrificar a decenas de miles de inocentes.

Los museos son tan necesarios para los países como las escuelas y los hospitales. Ellos educan tanto y a veces más que las aulas y sobre todo de una manera más sutil, privada y permanente que como lo hacen los maestros. Ellos también curan, no los cuerpos, pero sí las mentes, de la tiniebla que es la ignorancia, el prejuicio, la superstición y todas las taras que incomunican a los seres humanos entre sí y los enconan y empujan a matarse. Los museos reemplazan la visión pequeña, provinciana, mezquina, unilateral, de campanario, de la vida y las cosas por una visión ancha, generosa, plural. Afinan la sensibilidad, estimulan la imaginación, refinan los sentimientos y despiertan en las personas un espíritu crítico y autocrítico. El progreso no significa solo muchos colegios, hospitales y carreteras. También, y acaso, sobre todo, esa sabiduría que nos hace capaces de diferenciar lo feo de lo bello, lo inteligente de lo estúpido, lo bueno de lo malo y lo tolerable de lo intolerable, que llamamos la cultura. En los países donde hay muchos museos la clase política suele ser bastante más presentable que en los nuestros y en ellos no es tan frecuente que quienes gobiernan digan o hagan tonterías. ■